

CONFIANZA EN DIOS.

Basos de la
confianza en
Dios.

U REGUNTAIS, dice S. Bernardo, de qué modo podéis conocer si Dios os ha perdonado? Lo sabreis recordando la curacion del paralítico. El Señor le dijo: Levántate, toma tu camilla y anda: *Dicit ei Jesus: Surge, tolle grabatum tuum, et ambula.* (Joann. V. 8). Dios os ha perdonado: 1.º si os levantais llenos del deseo de las cosas celestiales; 2.º si llevais vuestro lecho, esto es vuestro cuerpo, si le sustrais al imperio de los sentidos y de las locuras de la tierra, de modo que vuestra alma no esté sujeta á sus concupiscencias, sino que ella, como es justo y necesario, le gobierne y le conduzca hasta dónde no quisiera ir; 3.º en fin, si caminais olvidando lo que dejais atrás, y avanzando hácia el cielo, que está delante de vosotros. Desde el momento en que tengais el deseo y buen propósito de adelantar, no dudeis de vuestra curacion. Mediante este deseo, ya os habreis levantado, ya vuestra carga será ligera, ya llevaréis vuestro lecho y andaréis desembarazados del peso del pecado. Sin embargo, no separéis el temor de la confianza, ni la confianza del temor. (*De quatuor orandi modis*).

No es culpable el que experimenta la tentacion ó los ataques de la concupiscencia, sino aquel que á ellos consiente, dice S. Agustín: *Qui consentit, non qui sentit, inducitur in tentationem.* (Lib. V. cont. Julian).

Sentir no daña, dice S. Bernardo, pero si consentir; hay más, el cansancio que experimenta el que resiste á sus pasiones, se convierte en corona del vencedor: *Non nocet sensus ubi non est consensus; imo quod resistentem fatigat, vincentem coronat.* (Serm. in Cant.).

¿Cuándo podremos estar seguros de que Dios nos ha perdonado? pregunta S. Basilio. Cuando tengamos los sentimientos del que dijo: Aborrecí la iniquidad y la detesté. (Psal. CXVIII. 163). *Quando certo persuasus esse aliquis potest Deum sibi peccata remississe? Nempe, si affectionem animi in se animaliterit similem illius qui dixit: Iniquitatem odio habui, et abominatus sum.* (In Disput., Reg. CCXCVI).

Motivos de con-
fianza funda-
dos 1.º en el
auxilio de
Dios.

Dios, dice S. Agustín, no manda lo imposible, sino que, al dar preceptos, advierte que se haga lo que se pueda y que se pida auxilio en lo que no pueda hacerse; entónces da la fuerza de obrar: *Deus impossibilia non jubet; sed jubendo monet, et facere quod possis et petere quod non possis, et adjuvat ut possis.* (Lib. de natura et gratia, c. XLIII).

El que manda un combate, ayuda tambien á combatir. Dios

no contempla la lucha que empredeis como el pueblo contempla el combate del atleta; el atleta no recibe del pueblo más que gritos ó aplausos, pero no socorros; el pueblo le prepara una corona, pero no le da la fuerza de conquistarla. Dios, al contrario, baja sus miradas sobre los combatientes que le invocan, y les ayuda á ganar la victoria. Prestad atencion á la voz de un gran atleta, el Rey Profeta: Cuando yo decia: Mi pié va á resbalar; vuestra misericordia, Señor, acudia á sostenerme: *Si dicebam: Motus est pes meus; misericordia tua, Domine, adjucebat me.* (XCIII. 18). Escuchad á otro atleta incomparable, que se llama S. Pablo: Nos vemos acosados de toda suerte de tribulaciones, pero no por eso perdemos el ánimo; nos hallamos en grandes apuros, mas no desesperados ó sin recursos; somos perseguidos, mas no abandonados; abatidos, mas no enteramente perdidos (1).

Dios es fiel, y no permitirá que seais tentados sobre vuestras fuerzas; pero hará que la tentacion os sea provechosa, para que podais sosteneros (2).

Mi yugo es suave y mi carga es ligera, dice, Jesucristo: *Jugum meum suave est, et onus meum leve.* (Math. XI. 30). Las mandamientos de Dios no son pesados, dice el apóstol S. Juan: *Mandata ejus gracia non sunt.* (I. V. 3).

Todo lo puedo en Aquel que me conforta, dice S. Pablo: *Omnia possum in eo qui me confortat.* (Philip. IV. 13). En mi primera defensa, escribe este gran Apóstol á su discípulo Timoteo, nadie me asistió ántes todos me desampararon..... Pero el Señor me asistió y alentó (3). El mismo Dios dice: Yo no os dejaré, ni os abandonaré. De manera que nosotros podemos repetir con confianza: El Señor es mi ayuda; no temeré lo que los hombres puedan hacer contra mí (4).

Descargando todas vuestras inquietudes en el seno de Dios, dice el apóstol S. Pedro, porque el mismo cuidará de vosotros: *Omnem sollicitudinem vestram prajicientes in eum; quoniam ipsi cura est de vobis.* (I. V. 7).

Tú has visto cuán grandes han sido las persecuciones que he tenido que sufrir, dice S. Pablo á Timoteo, y como el Señor me ha librado de todas: *Quales persecutiones sustinui, et ex omnibus eripuit me Dominus.* (II. Tim. III. 11).

El Señor se ha hecho el amparo del pobre, dice el Salmista, socorriéndole oportunamente en la tribulacion: confían pues en tí,

(1) In omnibus tribulationem petimur, sed non desperamus oportimur; sed non desistimus; persecutionem petimur, sed non derelinquimus; desicimus, sed non perimus. II. Cor. IV. 8-9.

(2) Fideles Deus est qui non patitur vos tentari supra in quod potestis; sed facit etiam cum tentatione proventum ut possitis sustinere. I. Cor. X. 13.

(3) In prima mea defensione, nemo mihi assistit, sed omnes me dereliquerunt. Dominus autem mihi assistit, et confortavit me. II. IV. 16-17.

(4) Ipse enim dixit: Non te deseram, neque derelinquam: ita ut confidenter dicamus: Dominus mihi adjutor; non timebo quia faciet mihi homo. Hebr. XIII. 5-6.

oh Dios mio, esperen en ti, Señor, los que conocen tu nombre, porque jamás has desamparado, Señor, á los que á ti recurren (1). Yo contemplaba siempre al Señor delante de mí como quien está á mi diestra para sostenerme (2). La misericordia servirá de muralla al que pone su confianza en el Señor: *Esperantem autem in Domino misericordia circumdabit.* (Psal. XXXI. 40). La salvacion de los justos viene del Señor, y es el su protector en el tiempo de la tribulacion; el Señor los ayudará y los librará; y los sacará de las manos de los pecadores, y salvarlos ha; porque pusieron su confianza en él. (XXXVI. 39-40). Me habeis librado, Señor, de todas las tribulaciones: *Ex omni tribulatione eripuisti me.* (LIII. 9). Si me hallare, oh Señor, en medio de la tribulacion, Vos me animaréis, porque extendisteis vuestra mano contra el furor de mis enemigos, y me salvó vuestra poderosa diestra. (CXXXVII. 8).

Abraham, no temas, dijo el Señor, yo soy tu protector, y tu galardón sobremana grande: *Noli timere, Abraham, ego protector tuus sum, et merces tua magna nimis.* (Gen. XV. 1).

Poned constantemente vuestra confianza en Dios, dice S. Agustin, y confíalle todo lo que tenéis; porque él no dejará de levantaros hácia sí, y no permitirá que os suceda más que lo que puede seros útil, hasta sin que lo sepais vosotros mismos (3). No trateis de pertenceiros y de ser amos de vosotros mismos, dice el mismo Padre; tened ántes bien á mucha honra el ser criados de Dios clementísimo y omnipotente. Imitemos al servidor fiel que no ve ni oye más que las órdenes de su amo. Que nuestros ojos, nuestros oídos y nuestros corazones sólo á él le vean, sólo á él le oigan, y sólo á él sientan: estémonos sentados sobre la roca inmóvil de la confianza. (Lib. I. Soliloq.).

Yo, dice el profeta Miqueas, fijaré mis ojos en el Señor, pondré mi esperanza en Dios, Salvador mio, y mi Dios me atenderá (4).

Arrojad en el seno del Señor vuestras ansiedades, y él os sustentará: no dejará al justo en agitacion perpétua. (Psal. 54, v. 43). Vuestra misericordia, Señor, me seguirá todos los dias de mi vida. (Psal. XXXI. 6). El Señor es mi luz y mi salvacion: ¿á quién he de temer yo? El Señor es el protector de mi vida: ¿quién me hará temblar? (5).

Si Dios está por nosotros, dice el gran Apóstol, ¿quién contra nosotros? *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* (Rom. VIII. 31).

(1) Et factus est Dominus refugium pauperi, adiutor in opportunitatibus, in tribulatione. Et sperant in te qui voverunt nomen tuum, quoniam non dereliquisti querentes te, Domine. IX. 10-11.

(2) A dextris est mihi, ne commovear. XV. 8.

(3) Constante Deo creato, nimis te totum committit: ita enim ipse te ad se sublevar non desinit, nihilque tibi evenire permittit, nisi quod tibi prosit, etiamsi nescias. Lib. I. Soliloq.

(4) Ad Dominum aspiciam, expectabo Deum salvatorem meum; audiet me Deus meus. VII. 7.

(5) Dominus illuminatio mea et salus mea: quem timebo? Dominus protector vite mee: ¿á quo trepidabo? XXVI. 1-2.

Con el auxilio de Dios, todos los esfuerzos de nuestros enemigos se convierten para nosotros en bienes, en recompensas y en coronas....

O Dios protector nuestro, exclama el Real Profeta, echad una mirada y ved la faz de vuestro Cristo: *Protector noster, aspice, Deus, et respice in faciem Christi tui.* (LXXXIII. 40).

Hijos míos, dice S. Juan, estas cosas os escribo, á fin de que no pequéis. Pero aun cuando alguno por desgracia pecare, no desespere, pues tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo, Justo y Santo; y él mismo es la victima de propiciacion por nuestros pecados; y no tan sólo por los nuestros, sino tambien por los de todo el mundo: *Si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum justum: et ipse est propitiatio pro peccatis nostris: non pro nostris autem tantum, sed etiam pro totius mundi.* (I. II. 1. et 2).

Jesucristo es nuestro abogado, nuestro patrono, nuestro mediador, nuestro intercesor y nuestra victima; él mismo se presenta para ser nuestra caucion; ofrece á su Padre sus llagas, sus méritos, su pasion, su sangre y su muerte. Por esto, hasta despues de su resurreccion, ha conservado sus llagas, y las ha llevado al cielo para presentarlas constantemente á su Padre, y para alcanzarnos con ellas el perdon, la gracia y la gloria....

¿Quién es el que vendrá á juzgaros, dice S. Agustin, sino el que se ha dejado juzgar y condenar por vosotros? En cierto modo ha querido sufrir la sentencia que os esperaba; se ha dejado condenar para absolveros. (In Soliloq.).

Oíd á S. Crisóstomo: Si sois impio, dice, pensad en el publicano; si sois impuro, pensad en la mujer adúltera; si sois homicida, pensad en el buen ladrón; si sois criminal, pensad en el blasfemo, considerad á Pablo, que de gran perseguidor se convirtió en el más grande predicador del Evangelio. Pero me direis: ¿puedo yo obtener perdon? soy blasfemo, impio, libertino. Se ven todos estos crímenes en grandes pecadores que os han precedido. Elegid el puesto que os plazca, y refugiaos en él. ¿Queréis ejemplos del Nuevo Testamento? ¿Los queréis del Antiguo? En el Antiguo, mirad á David, etc.; en el Nuevo, mirad á Pablo, etc. Y despues de todo, ¿qué es el pecado y todos los pecados del mundo al lado de la misericordia de Dios? Una telaraña que no puede resistir el soplo del viento: *¿Quid est peccatum ad Dei misericordiam? Tela aranea, que vento flante nunquam comparet.* (Homil. II. in Psal. L).

Si Saulo es un santo tan grande, ¿por qué he yo de desesperrar? dice S. Anselmo: *Si Saulus sanctus est, ego ¿quare despero?* (Lib. de Similit.).

El Pontífice que tenemos, dice S. Pablo á los Hebreos, no es tal que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias, habiendo voluntariamente experimentado todas las tentaciones y debilidades,

2ª Motivos de confianza. Intendidos en los socorros y méritos de Jesucristo.

á excepcion del pecado, por razon de la semejanza con nosotros *en el ser de hombre*. Lleguémonos pues confiadamente al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia y hallar el auxilio de la gracia para ser socorridos á tiempo oportuno. (IV 15-16.). Jesucristo puede salvar perpétuamente á los que se acercan á Dios por mediacion suya; como que está siempre vivo para interceder por nosotros: *Salvare in perpetuum potest accedentes per semetipsum ad Deum; semper vivens ad interpellandum pro nobis*. (Hebr. VII. 25.) No entró Jesús en el Santuario hecho de mano de hombres (cual era el de la ley antigua), que era figura del verdadero, sino que entró en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros en el acatamiento de Dios. (Hebr. IX. 24.). Teniendo la firme esperanza de entrar en el *Sancta Sanctorum* ó Santuario del cielo por la sangre de Cristo..... mantengamos inconcusa la esperanza que hemos confesado: *Habentes fiduciam in introitu Sanctorum in sanguine Christi, etc.* (Hebr. X. 19).

3. Motivos de confianza fundados en otros auxilios.

Además de la bondad y de los socorros de Dios, y de la proteccion y de los méritos de Jesucristo, que nos dan la esperanza de obtener el perdon de nuestros pecados y nuestra salvacion, tenemos todavia para más seguridad la palabra de Dios, la gracia, los Sacramentos, la Santísima Virgen, los Santos, la oracion, etc.....

Sentid bien del Señor, dice la Sabiduría, y buscadle con sencillez de corazón, porque los que no le tientan le encuentran, y se manifiesta á aquellos que tienen confianza en él. (Cap. I. v. 1-2).

Excellencia de la confianza en Dios: maravillas que produce.

Cerca de vos, Señor, sólo la confianza obtiene misericordia, dice S. Bernardo: no derramáis el aceite de la misericordia sino en el vaso de la confianza: *Sola spes apud te miserationis obtinet locum; nec oleum misericordie nisi in vase fiducia, ponis*. (Serm. III. de Annunt.).

El que pone su confianza en mí, dice el Señor por medio de Isaías, heredará la tierra, y poseerá mi santo monte: *Qui fiduciam habet mei, hereditabit terram, et possidebit montem sanctum meum*. (LVII. 13).

Bienaventurado el hombre que confia en el Señor y cuya esperanza es el Señor, dice Jeremias: *Benedictus vir qui confidit in Domino, et erit Dominus fiducia ejus*. (XVII. 7.). Será como el árbol trasplantado junto á las corrientes de las aguas que extiende hácia la humedad sus raíces; no temerá los ardores del estío; sus ramas estarán siempre verdes, ni le hará mella la sequía, y no dejará nunca de dar frutos. (In XVII. 8.). Dios, notadlo bien, dice que el que tiene confianza en él es bendecido; porque la confianza honra infinitamente á Dios. En efecto: el que confia en Dios y se arroja en su seno como un niño en el regazo de una buena y tierna madre, publica altamente que Dios es muy bueno, que obtendrá auxilio en sus necesidades, y que lo hallará fiel, no en-

gafiando jamás á los que le entregan su confianza. Abraham confió contra toda esperanza, y por esto Dios le dió con un milagro una posteridad numerosa, y le colmó de bendiciones, y sobre todas la incomparable é inefable bendicion de hacer salir de su linaje á Jesucristo y á la Santísima Virgen.

El que no tiene confianza en Dios, es, por lo contrario, reo de una grave injusticia, porque niega su providencia, esto es, pretende que Dios no quiere, no puede, ó no sabe socorrer.

El hombre que pone toda su confianza en Dios, saca de esta misma confianza el auxilio y la gracia para sobreponerse á todas las dificultades y tentaciones.

El que confia en Dios, saca de él una virtud sólida y todos los bienes. Se parece al laurel. El rayo, dice Plinio, hiero á todo lo que encuentra en la tierra, ménos al laurel: una gran calamidad puede derribar, romper, destruirlo todo, ménos la firme confianza en Dios. La confianza en Dios es una virtud fuerte, siempre verde y lozana, siempre hermosa. Como el laurel, no se seca ni se consume por los vientos abrasadores, por las pruebas ni las tribulaciones. El laurel es el emblema de la victoria: la confianza en Dios es tambien un presagio cierto de victoria sobre todos los enemigos que el infierno, el mundo y la carne arman contra el hombre.

Nacemos, en verdad, hijos de ira; pero trasplantados en Jesucristo por la confianza en Dios y por el amor que nos tiene, nos convertimos en árboles cargados de fruto de bendicion.

Daniel fué arrojado en la fosa de los leones: los leones le respetaron, y salió de allí sin haber recibido herida alguna. ¿De dónde provino este milagro? Provino de que Daniel tenia puesta su confianza en Dios: *Eductusque est Daniel de lacu, et nulla lesio inventa est in eo, quia credidit Deo suo*. (Dan. VI. 23).

La casta Susana fué injustamente acusada de un crimen infame: la condenaron á muerte, y pronto fué conducida al lugar del suplicio. Pero, con los ojos preñados de lágrimas, ella miraba el cielo; porque su corazón estaba lleno de confianza en Dios: *Plens suspirat ad cælum; erat enim cor ejus fiduciam habens in Domino*. (Dan. XIII. 35). ¿La abandonará Dios? No: Dios hizo un milagro en su favor; infundió su espíritu en el jóven Daniel; los falsos testigos quedaron convencidos de impostura; la inocencia de Susana fué reconocida; su honor fué salvado, así como tambien su vida; y sus calumniadores quedaron deshonrados y fueron sentenciados á muerte. (Id. XIII). La confianza de Susana fué la que obró todas estas maravillas.

Bienaventurados pues todos los que confian en Dios, dice el Rey Profeta: *Beati omnes qui confidunt in eo*. (II. 13).

Si ponemos constantemente nuestros intereses en manos de Dios, no habrá demonio ni enemigo que pueda derribarnos, dice S. Antonio. Muy bien conocia este gran Santo la fuerza de la con-

La confianza en Dios nos hace invencibles.

fianza en Dios, él que tenía que sostener tan frecuentes y tan crueles combates contra las legiones del infierno. (*Vit. Patr.*).

Con tu ayuda, Señor, seré libertado de la tentación; y al lado de mi Dios traspasaré toda muralla; dice el Salmista: *In te eripiar á tentatione, et in Deo meo transgrediar murum.* (XVII. 30).

Mira que yo soy el que te lo mando, dijo el Señor á Josué: buen ánimo, y sé constante: no temas ni desmayes; porque contigo está el Señor Dios tuyo á cualquier parte que vayas. (*Jos. I. 9*).

El Señor es el que da la muerte y da la vida, el que conduce al sepulcro y libra de él. El Señor es el que empobrecce y enriquece, el que abate y ensalza. (*Se lee en el cap. II. del libro 4.º de los Reyes*).

Cuando falte todo socorro humano, guardémonos de perder la esperanza, porque entónces llega el socorro divino.

Leemos en el libro de Judith que en todas partes en donde el pueblo de Dios entraba, aunque no tuviese ni arco, ni flecha, ni escudo, ni espada, quedaba victorioso, porque el cielo combatía por él, á causa de la confianza que tenía en Dios. (*V. 16*).

El justo, dicen los Proverbios, se mantiene á pié firme, como el leon, sin asustarse de nada: *Justus, quasi leo, confidens, absque terrore erit.* (XXVIII. 4.) En efecto: 1.º la confianza recta é inocente es valerosa, engendra la libertad y da energía y fortaleza á los justos. 2.º La confianza da tranquilidad á la buena conciencia, y no la deja temer nada. 3.º El que pone su confianza en Dios, no teme más que el pecado. Así S. Hilarion, segun cuenta S. Jerónimo, habiendo sido detenido por unos ladrones, le preguntaron éstos si tenía algun temor; y el piadoso solitario les respondió: El que nada tiene, no puede temer á los ladrones.—Si; pero los ladrones pueden matarles.—Es verdad; pero precisamente por esto no los temo, pues estoy pronto á morir.... 4.º Los justos saben que Dios cuida de ellos y que los lleva en su corazon; apoyados en él, nada temen. 5.º Dios da á los justos tanta fuerza y confianza en las cosas difíciles y en los peligros, que se atreven á emprender animosamente todo lo que es bien, y así se vuelven terribles para sus enemigos. Ved qué heroismo concedió Dios á los apóstoles, á los mártires, á S. Atanasio, etc.

Lleno de esta fuerte confianza en Dios, de quien hablamos, decía S. Juan el Limosnero, aun cuando todos los hombres que habitan la tierra se presentasen al mismo tiempo en Alejandria para pedir limosna, yo la daría á todos, porque ni el mundo entero puede agotar los tesoros de Dios. (*Leont. in ejus vita*).

Dejad pues, alma sin confianza, dejad de tentar á Dios con vuestra pusilanimidad y vuestra desconfianza. Cuanto más daba S. Juan el Limosnero, tanto más recibía de Dios. Dios es la fuente inagotable; todo el mundo saca agua de ella, y jamás deja de correr con abundancia para todo el mundo.

San Sisoi, sacerdote, estaba tan lleno de confianza en Dios, que,

orando un día por la curacion de su discípulo Abraham que había pecado por debilidad, decía: Dios mio, que querais ó no querais, yo no os dejo ántes de que le hayais curado. Y obtuvo lo que pedía. (*Vit. Patr.*). Taltando, en el desierto, alimento para S. Heleno y los suyos, exclamó el Santo lleno de confianza: Dios puede disponer aquí para nosotros una mesa servida con abundancia; y al momento, segun cuenta Palladio, un ángel les trajo tantos viveres cuantos pudieron consumir.

El Señor está conmigo como un guerrero formidable, dice Jeremias: por esto los que me persiguen, caerán y quedarán sin fuerza; serán enteramente confundidos. (XX. 11).

No perdais vuestra confianza que ha de obtener tan bella recompensa, dice S. Pedro á los Hebreos: *Nolite amittere confidentiam vestram, quæ magnam habet remunerationem.* (X. 35).

El que ora, oro con fe, sin sombra de duda ó desconfianza, dice el apóstol Santiago: *Postulet in fide, nihil hesitans.* (I. 6): Lo que aguardais con confianza de Dios, lo obtendréis infaliblemente, dice S. Agustín: *Quod speras, hoc certo impetrabis.* (In Psal.).

Maldito sea el hombre que confia en otro hombre, y no en Dios, y se apeya en un brazo de carne, dice el Señor por boca de Jeremias: *Maledictus homo qui confidit in homine, et ponit carnem brachium suum.* (XVII. 5). Será como el matorral del desierto que ignora los días de abundancia. (*Id. XVII. 6*).

El pecador que no tiene confianza en Dios, 1.º no acierta el negocio de su salvacion; 2.º no produce ningun buen fruto; 3.º está privado de la dulce lluvia de la gracia y de la sabiduria; se ve abandonado de Dios; se convierte en juguete del infierno en todas circunstancias, pero sobre todo en la desgracia. Dios debe ser el único refugio, el único asilo del hombre; Dios se place en venir en auxilio y en manifestar su poder y su bondad infinita á los que, llenos de confianza, sólo se dirigen á él.

Es preciso evitar con el mayor cuidado la desconfianza en Dios en las grandes pruebas, y no desesperar; es preciso amarnos de confianza: con ella estamos seguros del divino auxilio, que se manifiesta hasta con milagros. Esto es lo que sucedió á Lot rodeado de los infames sodomitas. (*Gen. XIX*). Así sucedió á Moisés y á los Hebreos, perseguidos por los furiosos Egipcios. (*Exod. XIV.*); á David perseguido por Saul. (*I. Reg. XXIII. 27*); á Judith y á la ciudad de Bethulia sitiada por Holofernes; al rey Ezequias amenazado por Senquerib. (*Isai. XXXVIII. 14*); á los Macabeos atacados por Antioco.

Viendo Santa Clara que la ciudad y el convento que habitaba iban á caer en poder de los enemigos, se presentó sola y llena de confianza sobre la muralla. Allí, ante los sitiadores, dirigió á Dios la oracion del Real Profeta: *Ne trabas bestias animas confidentes tibi*: Señor, no entregues en poder de esas fieras las almas que

Es preciso que no pongamos nuestra confianza nbs que en Dios.

te confiesan y adoran. (LXXII. 19). Y de repente, heridos de un terror pánico, los enemigos se escaparon y desaparecieron.

La desconfianza viene de la falta de fe; el que desconfía, no cree vivamente que Dios es omnipotente, lleno de prevision y de bondad. La desconfianza viene tambien de la esperanza que ciframos en los hombres y en las criaturas, como si tuviesen más poder y voluntad que Dios para ayudarnos. Esta conducta es digna de los paganos, y muy injuriosa á Dios: por esto la castiga permitiendo que las criaturas en quienes hemos confiado, nos abandonen, nos engañen, perjudiquen ó impidan el buen éxito de lo que deseamos. Por lo contrario, hace prosperar, sobre todo espiritualmente, á los que confían en él. Considera, te ruego, dice Eliplaz á Job, si pereció jamás ningun inocente, ó cuándo los buenos han sido exterminados..... (IV. 7).

CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO.

(Véase EXAMEN DE CONCIENCIA.)

CONTRICION.

LA contrición es el sentimiento de haber pecado. Contrición viene de la palabra *conterere*, manjar, desmenuzar. Este vocablo expresa el estado de un alma desgarrada, penetrada de dolor por haber ofendido á Dios, y que desea ardientemente reconciliarse con él y recobrar la gracia. ¿Qué es contrición?

El santo Concilio de Trento (*sess. XIV. can. IV*). define la contrición: un dolor del alma y un aborrecimiento del pecado cometido, con un propósito de no volver á pecar en adelante: *Contritio animi dolor ac detestatio est de peccato commisso, cum proposito non peccandi de cetero*.

Esta contrición debe ir acompañada del deseo de cumplir todo lo que Jesucristo ha ordenado para la remisión de los pecados: por consiguiente debe ir acompañada de la voluntad de confesarlos y de satisfacer á la justicia divina. Por esto los teólogos, según Sto. Tomás, definen la contrición: el dolor de haber pecado, acompañado de la voluntad de confesarse y de satisfacer.....

Los teólogos distinguen dos clases de contrición, la contrición perfecta, y la contrición imperfecta, que llaman atrición.

Hay dos clases de contrición.

La contrición perfecta es la que tiene por motivo el amor de Dios. Reconcilia al pecador con Dios aun antes de la recepcion del sacramento de la Penitencia; pero debe siempre encerrar el deseo y la voluntad de recibirlo. Así se expresa el santo Concilio de Trento. (*Sess. XIV. can. IV*).

La contrición imperfecta es concebida, según el mismo Concilio, por la consideracion de la fealdad del pecado, por el temor de las penas del infierno, por la pérdida de la gracia ó de la gloria. El santo Concilio declara que, si excluye la voluntad de pecar y encierra la esperanza del perdón, dispone el pecador á obtener misericordia en el sacramento de la Penitencia. Decide que esta atrición es un dón de Dios, y un movimiento del Espíritu Santo, que no habita todavía en el alma del penitente, pero que le excita á convertirse; no le justifica por sí misma sin el sacramento, pero sirve de disposicion para recibirlo. (*Sess. XIV. can. IV*).

Necesidad de la contrición.

Jesucristo lloró, dice S. Agustín: que llore pues el hombre por sí mismo. ¿Por qué ha llorado Jesucristo sino para enseñar al hombre á llorar sus pecados? Es menester que el pecado y la costumbre del pecado sucumban al sentimiento de haber caído. (*Lib. Confess.*).

Animados del amor de Dios, los más grandes Santos deploran continuamente sus fragilidades: ¿cómo pues no han de llorar los más grandes pecadores los pecados enormes de que se han hecho reos? La voz de la tórtola se ha hecho oír en nuestra tierra, dicen los Cánticos. Si las almas fieles é inocentes, figuradas por la tórtola, se placen en hacer resonar los desiertos con su amargo dolor, ¿qué conducta habrán de observar las almas que á cada instante se han manchado con nuevas iniquidades?

Habiendo S. Pemen visto expirar á S. Arsenio, exclamó: ¡Dichoso Arsenio, que ha llorado sobre sí mismo en tanto que ha vivido en la tierra! Los que no lloran en esta vida, llorarán eternamente en la otra. (*Vit. Patr.*).

Si pensásemos en nuestros pecados, ni un pedazo de pan comeríamos sin haberlo regado con nuestras lágrimas....

Santa Thais decía á S. Pafucio que, desde su entrada en el monasterio, siempre había tenido ante sus ojos sus pecados, y jamás había dejado de llorarlos. Por esto le respondió aquel gran Santo: Dios los ha borrado. (*Vit. Patr.*).

La contrición es tan esencial en el sacramento de la Penitencia, que no puede suplirse con ninguna otra cosa, y el pecador no puede ser absuelto si no experimenta un pesar sincero de haber ofendido á Dios....

La contrición ha sido necesaria en todos tiempos para obtener la remisión de los pecados. Lo prueban los ejemplos de David penitente, de los Nínivitas, de Acaab, de Manasés, de Magdalena, del Publicano, del hijo pródigo, de Pedro, etc....

La necesidad de la contrición es de derecho natural y de derecho divino....

La contrición es para el pecador lo que el sol es para la tierra, el agua para los peces, y el aire para nuestros pulmones....

Omnipotente como es, Dios no pueda perdonar los pecados del que no se arrepiente....

Excelencia y ventajas de la contrición.

Las lágrimas de los penitentes son un vino delicioso para los ángeles, dice S. Bernardo: *Lacrymæ penitentium vinum sunt angelorum.* (Serm. in Cant.).

Solamente la contrición, dice S. Crisóstomo, quita el pecado. Los otros pesares tienen un resultado muy diferente. ¿Quereis ejemplos? Si habeis perdido vuestra fortuna, vuestro sentimiento no os la devolverá. Si la muerte os ha quitado una persona querida, lloradla hasta el fin del mundo, que, por más esfuerzos que hagais para de-

volverle la vida, vuestro impotente dolor no la hará salir de la tumba. Si os han hecho una afrenta sangrienta y os hallais extraordinariamente contristados, vuestra pena no podrá evitar que la hayais recibida. Si os alligis por estar enfermos, lejos de disminuir la enfermedad, vuestra pena la aumenta. Pero si, al contrario, sentís haber ofendido á Dios, vuestro sentimiento destruye vuestros pecados; vuestras lágrimas, al caer sobre las faltas, las borran.

Diciendo con el profeta Jeremias: La corona ha caído de nuestra cabeza; desgraciados de nosotros, porque hemos pecado: *Cecidit corona capitis nostri; ea nobis, quia peccavimus.* (Lament. v. 16), volvemos á poner sobre esta cabeza descubierta, la gloriosa diadema que ántes llevaba. Deplorando la loca audacia que nos ha hecho perder la santidad nacida de nuestro bautismo, nos preparamos un nuevo bautismo (*Homil. V. ad pop.*); pues dice S. Bernardo: La compunción del corazón y las lágrimas sinceras son un verdadero bautismo: *Est baptismum aliquis in compunctione cordis, et lacrymarum assiduitate.* (Serm. III. in Cant.).

El dolor sincero de haber pecado, añade S. Bernardo, es un tesoro infinitamente digno de desearse: infunde en el espíritu del hombre una alegría que no puede expresarse. La contrición del corazón, es la curación del alma; es la remisión de los pecados: hace recobrar el Espíritu Santo; pues el hombre llora sus pecados así que el Espíritu Santo le visita (1).

El espíritu compungido es el sacrificio *más grato* para Dios, dice el Real Profeta: no despreciaréis, ó Dios mío, el corazón contrito y humillado: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus: cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies.* (I. 19).

La contrición, dice S. Efrén, cura el alma, ilumina el espíritu, y borra los pecados: *Compunctio sanitas animæ est, illuminatio mentis est; compunctio remissionem peccatorum vobis acquirit.* (De die Judic.). ¡O dicho dolor, exclama S. Jerónimo, que atrae las miradas de Dios! *¡O felix penitentia, que ad se Dei trahit oculos!* (Epist. XXX. ad Oceanum).

Ved cuántas son las riquezas de la compunción: 1.º es santa y reconcilia el alma con Dios, lo que es el principio de una felicidad inmensa...; 2.º viene del amor de Dios, pues el penitente se arrepiente de haber ofendido á Dios porque ve que Dios, á quien ha ofendido, es un gran bien, es amable en sí mismo y para todas sus criaturas: así pues, el amor de Dios da la única verdadera alegría...; 3.º el penitente desea arrepentirse, y lo hace con alegría; se alimenta de compunción y de lágrimas como de un manjar delicioso. El sentimiento de haber pecado es dulce, humilde, etc., en tanto que todo otro sentimiento es amargo, penoso, impaciente é insufrible. Una conciencia culpable, dice S. Bernardo, es el infierno y la cárcel del

(1) *Boa compunctio thesaurus est desiderabilis, et inenarrabile gaudium in mentis hominis. Compunctio carnis sanctis est animæ convulsio lacrymarum remissio est peccatorum: compunctio rediit Spiritum Sanctum ad se quæ, cum Spiritu Sancto visitatur, statim homo peccata sua plorat. Tract. de modo bene vivendi, c. X.*

alma: *Infernus quidem et carcer anima, reu conscientia.* (Serm. in Cant.). Así pues, la contrición destruye la culpabilidad del hombre; entonces la conciencia descansa en paz, las lágrimas la purifican, y forman como un río en el que se embarca el alma para dirigirse á su Dios, y llega al puerto de la salvación eterna.....

Todos los Santos han hallado en las lágrimas de la compuncion una dulzura indecible, como siempre ha sido fácil verlo en la majestuosa serenidad que siempre tiene su rostro.

Cuando oís hablar de las lágrimas de la contrición, dice S. Crisóstomo, no os figureis que sean la imágen del dolor y de los sufrimientos; son más dulces que todas las delicias que pueden gozarse en el mundo. Una sola lágrima de arrepentimiento es más agradable que todas las pretendidas alegrías que pueden dar los deleites. (*Lib. de Compunct. cordis.*). El pródigo, que derramaba un torrente de lágrimas á los pies de su padre, experimentaba una felicidad infinitamente mayor que cuando, entregado á su loca libertad, malgastaba en orgías su salud y su fortuna. Cuando Magdalena á los pies de Jesucristo regaba los de su Dios, experimentó más consuelos en aquel momento supremo que durante toda su vida escandalosa.....

Las lágrimas de arrepentimiento y de devoción, dice S. Agustín, tienen una dulzura que no se halla en las falsas alegrías que se buscan en los espectáculos. (*Confess.*).

San Juan Climaco desarrolla admirablemente las ventajas y los frutos de las lágrimas que derraman los servidores de Dios. Me lleno de admiración, dice, cuando considero la felicidad que procura la compuncion. ¿Cómo, pues, es posible que los hombres carnales sólo vean en ella cosas aflictivas? Semejante á la cera que contiene miel, ella contiene un manantial inagotable de dulzuras espirituales. Dios visita y consuela de un modo invisible, pero inefable, los corazones despedazados de santo dolor.... (*Grad. V.*)

Se experimenta muchísimo más placer en llorar los pecados, que en cometerlos. Para gustar la paz de una buena conciencia, dice Bossuet, es preciso que esta conciencia esté purificada, y ninguna agua puede hacerlo sino la de las lágrimas del corazón. Corred pues lágrimas de compuncion; corred como un torrente, olas bienaventuradas; limpiad esa conciencia manchada, lavad ese corazón profanado, y devolvedme aquella alegría divina que es el fruto de la justicia y de la inocencia, dice el Salmista: *Redde mihi letitiam salutaris tui.* (L. 13;—Serm. sobre el amor de los placeres).

¿Quién nos dará, anade, que sepamos saborear este placer sublime de la compuncion, que nace, no de la turbacion del alma, sino de su paz; no de su enfermedad, sino de su salud; no de sus pasiones, sino de su deber; no del ardor inquieto y siempre variable de sus deseos, sino de la rectitud de su conciencia; placer por consiguiente verdadero, que no agita la voluntad, sino que la calma, que no sorprende la razon, sino que la ilumina; que no halaga super-

fluente los sentidos, sino que arrastra completamente el corazón hacia Dios? (*Ut supra.*)

Sólo la compuncion puede abrir el corazón á estas divinas alegrías. Nadie es digno de ser recibido á gustar estos castos y verdaderos placeres, si no ha llorado ántes el tiempo invertido en engañosos deleites. ¿Podiera el pródigo saborear las admirables dulzuras de la bondad de su padre, la abundancia de su casa, las delicias de su mesa, si no hubiese llorado amargamente sus libertinajes, sus extravíos y sus disolutas alegrías? (*Ibid., ut supra.*)

4.º La contrición ofrece la esperanza de la felicidad eterna; es el arca de la celestial alegría; es la misma celestial alegría saboreada anticipadamente.....

5.º La compuncion regocija á Dios, á los ángeles y á todos los elegidos; ¿cómo no colmaria el alma de felicidad? Escuchad á Jesucristo: Un pecador que se arrepiente, dico, causa más alegría en el cielo que noventa y nueve justos que no necesitan de penitencia: *Ita gaudium erit in celo super unum peccatorem penitentiam agentem, quam super nonaginta novem justis qui non indigent penitentia.* (Luc. XV. 7).

6.º La contrición alcanza al pecador la paz y el perdón de todos sus pecados: ahuyenta á los demonios, cierra el infierno, y da la victoria contra Satanás, contra el mundo y la concupiscencia; abre el cielo y nos lleva á él....

No cabe perversidad ni degradacion allí en donde se ven lágrimas de compuncion y humildad; el orden más perfecto reina allí, y el corazón está inundado de bienes; pero si faltan aquellas circunstancias, todo está trastornado, asolado y aniquilado.....

La compuncion engendra 1.º la humildad; porque ¿quién se atreveria á enorgullecerse despues de haber merecido el infierno? 2.º la paciencia...; 3.º el amor á Dios...; 4.º el amor al prójimo, á quien se esfuerza en preservar del pecado...; 5.º desprende el alma de la tierra...; y 6.º la une con Dios....

Aquellos que sembraban con lágrimas, dice el Salmista, segarán llenos de júbilo. Cuando iban, esparcian, llorando, sus semillas; mas, cuando vuelvan, vendrán con gran regocijo, erutando las gavillas de sus mieses: *Qui seminant in lacrymis, in exultatione metent. Euntés ibant et siebant mittentes semina sua; venientes autem, venient cum exultatione, portantes manipulos suos.* (CXXV. 5-6).

El Señor es quien sana á los de corazón contrito, y vinda sus heridas, anade el Salmista: *Qui sanat contritos corde, et alligat contritiones eorum.* (CXLVI. 3). Dios, dice Isaias, habita en el corazón contrito y humillado, para vivificar el espíritu de los humildes, y dar vida al corazón de los contritos. (*LVI. 15*). ¿Y en quién pondré yo mis ojos, dice el Señor por Isaias, sino en el pobre y contrito de corazón, y que oye con respetuoso temor mis palabras? (*LVI. 2*).

Jesucristo se aplicó estas palabras: El Espíritu del Señor reposó

sobre mí; por lo cual me ha consagrado con su unción divina, y me ha enviado á evangelizar á los pobres, á curar á los que tienen el corazón contrito, á anunciar libertad á los cautivos, y á los ciegos vista, á soltar á los que están oprimidos. á promulgar el año de las misericordias del Señor ó del Jubileo, y el día de la retribucion. Añadiendo despues: La Escritura que acabais de oír hoy se ha cumplido. (Luc. IV. 18. etc.).

La contrición debe ser interior, sobrenatural, soberana y universal. El dolor de la penitencia debe nacer del fondo del corazón, ayudado de la gracia, y no debe venir del espíritu ni de la memoria: no se parece á aquellas aguas que se hacen brotar artificialmente con ayuda de aparatos; es un río que salta de su manantial, sale de madre, desorraiga, arranca y arrastra todo lo que encuentra; produce un santo asolamiento que borra los daños causados por el pecador; ningún crimen se le escapa. La contrición no imita á Saul que, matando á los Amalecitas, sólo daba la vida á los que lo placía.....

Les gustaba llorar, dice S. Bernardo, y lloraban amargamente, porque amargamente también se arrepentían: *Amabant flere, et flebant amare; amare flebant, quia amare dolebant.* (In Psal.).

Pedro lloró amargamente su caída: *Petrus flevit amare.* (Luc. XXII. 62.). Esta es la contrición del corazón. Magdalena á los pies de su Maestro tenía la contrición interior.....

El mal del pecado está en el corazón, y no en otra parte; porque sólo es el corazón el que peca, sólo es el corazón el que se embriaga con el veneno de la desobediencia..... El corazón es pues el único que está enfermo; por consiguiente, en el corazón es en donde debe ponerse el remedio de la contrición.....

El Real Profeta dice: Señor, no rechazéis un corazón contrito: *Cor contritum..... non despicies.* (L. 19). Dios dijo por medio del profeta Joel: Rasgad vuestros corazones, y no vuestros vestidos: *Scindite corda vestra, et non vestimenta vestra.* (II. 13).

No hemos de contentarnos con recitar con la punta de los labios un acto de contrición. No basta imaginarse, pensar y decir que nos arrepentimos de haber ofendido á Dios. El corazón es quien es el principio de todos los pecados, hasta de los exteriores. Lo que sale de la boca, dijo Jesucristo, del corazón sale, y eso es lo que mancha al hombre; porque del corazón es de donde salen los males pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias: *Quæ autem procedunt de ore, de corde exeunt, et ea inquinant hominem. De corde enim exeunt cogitationes malæ, homicidia, adulteria, fornicaciones, furta, falsa testimonia, blasphemie.* (Matth. XV. 18-19).

En el corazón es pues en donde debe hallarse el arrepentimiento.....

Es preciso hundir en el corazón la espada de la contrición; es

Cualidades que debe tener la contrición: 1.º Debe ser interior.

preciso que esta espada le hiera y le atraviese de parte á parte. Entónces sucede una maravilla: por donde ha entrado la espada, penetra también la gracia, y purifica; y por donde sale, se va la corrupcion del pecado.

Un corazón contrito y humillado es lo que Dios pide al pecador: sin esto todas las manifestaciones exteriores son inútiles; aún más, son errores, mentiras, hipocresía. Podemos engañarnos, pero no podemos engañar á Dios, que sondea lo más profundo de los corazones.

Por esto los santos Padres llamaron contrición á la compuncion del corazón.

Todo sentimiento que no quita la voluntad de pecar, ni el afecto que tenemos al pecado, no es una verdadera contrición. La contrición no sólo merece este nombre cuando habita en el corazón.

No puede restablecerse el órden sino allí en donde ha sido alterado. Por esto, las lágrimas puramente exteriores, las protestas, los gemidos y los gritos no son más que mentiras cuando no ha cambiado la voluntad; la voluntad es el corazón..... Pero tenedlo en cuenta, no hay contrición sin humildad y sin mortificacion de la carne.....

Venid, dice el Rey Profeta, adorémosle, prosternémonos, y lloremos ante el Señor que nos ha criado: *Venite, adoremus, et proci-damus, et ploremus ante Dominum.* (XCIV. 6).

Si, Señor, aceptaréis, purificaréis y bendeciréis un corazón contrito y humillado: *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies.* (L. 19).

Que si Vos, ó Señor, quisierais sacrificios, dice el mismo Real Profeta, ciertamente os los ofreciera; mas Vos no os complacéis con solos holocaustos, ó con actos de religion meramente exteriores. El espíritu compungido es el sacrificio más grato para Dios: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus.* (Psalm. L. 18 y 19).

Debe hacernos detestar el pecado porque es una ofensa inferida á Dios, el que llora su pecado por la vergüenza que le ocasiona y el castigo que recibe ante los hombres, ó bien por lo contrario que es á la ley natural, no tiene más que una contrición natural é insuficiente.

El pródigo manifiesta una contrición sobrenatural, cuando dice: *Pater, peccavi in calum et coram te:* Padre, he pecado contra el cielo y contra tí. (Luc. XV. 21). He pecado contra el cielo, es decir, muy gravemente. Mis pecados han subido hasta Dios, y piden venganza..... He pecado contra el cielo, es decir, contra Dios y contra los ángeles..... He pecado contra el cielo, prefiriendo la tierra al cielo, la carne al espíritu, la muerte á la vida, el infierno al paraíso. Barrabás á Jesucristo, el demonio á Dios..... He pecado contra el cielo, porque lo he perdido, y he disipado los dones celestiales..... He pecado contra el cielo, porque he pisoteado la sangre de Jesu-

2.º La contrición debe ser sobrenatural.

cristo; como Judas, he vendido al Salvador; como el pueblo judío, he pedido su muerte; como Pedro, he renegado de él; como Pilatos, le he condenado; como Herodes, me he ofendido de él y le he despreciado; como los soldados romanos, le he azotado y coronado de espinas, le he agobiado bajo el enorme peso de la cruz, le he crucificado entre ladrones, que son el demonio y mis pasiones, le he dado á beber hiel, le he dado la muerte, y he atravesado su costado..... *He pecado contra el cielo*, porque he matado mi alma creada por Dios, hecha á imagen de Dios y para Dios..... *He pecado contra Vos*, contra Vos, ó Dios mio, ante Vos, á vuestra vista, cuando estaba en vuestro poder: me he servido para ultrajaros de los dones naturales y sobrenaturales de que me habiais colmado..... He pecado en presencia de mi ángel de la Guarda, y ahogando la voz de mi conciencia, que protestaba.....

¡Habeis crucificado á Jesucristo, dijo S. Pedro á los judíos; y, á este terrible reproche, se arrepintieron del fondo del corazón, y dijeron al Apóstol: ¿Qué hemos de hacer para obtener misericordia? Haced penitencia, les dijo S. Pedro, arrepeníos sinceramente. (Act. 11. 36-38).

Los motivos de la contrición sobrenatural son: los pecados que hemos cometido...; y los pecados que hemos hecho cometer contra Dios autor de la gracia y conocido por la fe.....

Tres ejercicios pueden ayudarnos á obtener una contrición sobrenatural: 1.º hacer una eslocion en espíritu al Calvario...; 2.º bajar con el pensamiento al infierno, que hemos merecido con el pecado...; 3.º trasportarnos al cielo, del cual nos hemos hecho indignos..... Con esto vemos que la contrición es un don de Dios. El hombre no puede arrepentirse como debe sin la inspiracion y el socorro del Espíritu Santo. El pecador que ha dado muerte á su alma con el pecado y la ha muerto para la eternidad, no puede resucitarla sin el auxilio de Dios, que es el autor de la vida.....

3.º La contrición debe ser soberana.

La contrición debe ser un pesar superior á todos los demás pesares. ¿Por qué? Porque el pecado es el mayor de todos los males, el sólo y único mal. El pecado dirige un ataque contra Dios y el alma..... El pecado es el soberano mal delante de Dios..., y el soberano mal para el hombre.....

Una herida profunda y muy peligrosa requiere un poderoso remedio, dice S. Ambrosio. El pecado es una gran ofensa, que hace necesaria una gran satisfaccion: *Grandis plage alta et prolixa opus est medicina; grande scelus grandem habet necessariam satisfactionem.* (Serm.).

David nos ofrece un modelo de contrición soberana. Reconoce su falta, se humilla, se arrepiente, se confiesa pecador, llora, deja el manto real y la diadema; ayuna, se cubre con un cilicio y se retira á la soledad.....

Se lee en el libro de Judith, que el pueblo de Dios, sitiado por

Holofernes en Bethulia, se puso á llorar, á dar profundos gemidos y á clamar al Señor, diciendo: Hemos pecado, hemos obrado injustamente, hemos cometido iniquidades. (VII. 18-19). Hé aqui un modelo de contrición soberana.

Hallamos otro en S. Pedro, que lloró amargamente hasta su muerte la falta que habia cometido negando á Jesucristo.

Es preciso, sobre todo, que el pecado mortal nos disguste más que todos los otros males que puedan sucedernos. La razon de esto es evidente: con el pecado mortal hemos atacado y perdido á Dios; Dios es el mayor de los bienes, el único soberano Bien: es pues preciso que sintamos esta pérdida más que cualquiera otra. Si de otra parte sucediese, nuestra contrición no seria soberana.

Sin embargo, para que el dolor sea soberano, no es necesario que sea exteriormente el más sensible de todos los dolores, es decir que experimentemos en el apetito sensitivo las mismas impresiones de sentimiento, que derramemos tan abundantes lágrimas y se exhalen de nuestro pecho los mismos sollozos que si, por ejemplo, hubiésemos perdido á un padre ó á una madre. ¿Por qué? Porque, mientras el alma esté unida al cuerpo, se conmueve más por los objetos sensibles que por los que no caen bajo la impresion de los sentidos. Basta que el dolor sea concebido verdaderamente en el ánimo, por el entendimiento, y en la voluntad; por el entendimiento, conociendo la gravedad de la ofensa de Dios; y en la voluntad, aborreciendo seriamente los pecados; y así no es necesario que el dolor sea algun movimiento del apetito sensitivo, porque el Concilio de Trento solamente le llama *animi dolor*, y la palabra *ánimo* no significa el apetito sensitivo, sino el entendimiento y la voluntad.

La contrición puede ser verdadera sin esta impresion sensible, que no está en nuestro poder.

La contrición debe ser universal, esto es, debe extenderse á todos los pecados mortales que se han cometido, sin exceptuar ninguno, puesto que todos atacan á Dios, hacen al alma enemiga suya, esclava del demonio, y digna del infierno.

Tened cuidado, dice Bossuet, porque hay muchas veces en el corazón pecados que sacrificamos, pero tambien hay el pecado querido, la pasion favorita; y cuando hemos de sacrificar este pecado, esta pasion, el corazón suspira en secreto, y sólo con mucha dificultad puede resolverse. La contrición universal hiere á este pecado, á esta pasion, y la extermina sin misericordia; entra en el alma como un Josué en la tierra de los Filisteos; todo lo destruye y derrriba á sus pies el dolor universal. Y ¿por qué esta ejecucion sangrienta? Es que tiene la compuncion de un Judas, la de un Antiocho; la de Barrabá; compunciones falsas é hipócritas, que encubren la conciencia con las apariencias de un dolor superficial. El dolor de la penitencia seña propuesto cambiar á

4.º La contrición debe ser universal.

Dios, pero es preciso cambiar antes al hombre, y Dios no cambia nunca, si no es por el esfuerzo de esta repercusión... Teméis la mano de Dios y sus juicios, ya es una santa disposición: el santo Concilio de Trento (*sess. XIV. de Penit. can. IV.*) quiere tambien que este temor os lleve á detestar todos vuestros crímenes. (*Serm. sobre la integr. de la Penit.*).

Del buen propósito y de su necesidad.

La contrición es un dolor de los pecados cometidos, con el firme propósito de no volver á caer en ellos. Así es que la contrición abraza el pasado y el porvenir; el pasado para detestar las caídas, el porvenir para evitarlas.

La voluntad sincera y formal de no volver á pecar mortalmente en el porvenir, es tan necesaria para obtener el perdón de nuestras faltas, como necesario el arrepentimiento de los pecados que hemos cometido. El dolor de haber ofendido á Dios no puede ser verdadero si no va acompañado de una resolución sincera de no volver á pecar, resolución tan firme como pueda permitirlo la fragilidad humana. Pues es burlarse de Dios el confesar haberle ofendido sin sentirlo; y es una ilusión el decir que sentimos haber cometido lo que estamos resueltos á cometer de nuevo, y haber hecho lo que queremos volver á hacer. La contrición sincera debe excluir toda afección al pecado: así pues, el que no tenga la firme resolución de no volver á caer en el pecado, es que aún lo ama.....

Hay muchos hombres, dice S. Agustín, que confiesan con frecuencia que son pecadores, y sin embargo se placen todavía en pecar. Su palabra es un reconocimiento, y no un cambio; declaran las llagas de su alma, y no las curan; confiesan la ofensa, y no la borran. Sólo el odio del pecado y el amor de Dios constituyen una verdadera contrición: *Multi assidue se dicunt esse peccatores, et tamen adhuc illos delectat peccare. Professio est, non emmendatio; accusatur anima, non sanatur; pronuntiatur offensa, non tollitur. Penitentiam certam non facit, nisi odium peccati et amor Dei.* (Lib. de Morib.).

La resolución de no ofender á Dios se llama buen propósito. El buen propósito es una parte esencial de la contrición, y debe tener las mismas condiciones que ella: debe ser interior, sobrenatural, soberano y universal. No es en el fondo más que la misma contrición en lo relativo al porvenir. La resolución de no ofender más á Dios es rigurosamente necesaria: sin ella, el hombre se engaña, y trata de engañar á Dios. Es á la vez una ceguedad y un crimen.....

Cuando Jesucristo hubo curado al paralítico de la piscina, le dijo: Bien ves como has quedado curado: no peques pues en adelante, para que no te suceda alguna cosa peor: *Jam noli peccare, ne deterius aliquid tibi contingat.* (Joann. V. 14).

Tres señales principales dan á conocer que ha habido buen propósito: 1.º los esfuerzos hechos y que se hacen para corregirse; 2.º el que se huyan las ocasiones próximas de pecado; y 3.º el cambio de vida.

1.º Los esfuerzos hechos y que se hacen para corregirse. ¿Tienen vuestras aspiraciones al cielo? ¿Trabajáis para sujetar la carne al espíritu, y el espíritu á Dios? ¿Dejáis el mundo á un lado para no ocuparos más que de Dios? Si así sucede, hacéis esfuerzos para corregiros, tenéis buen propósito. Pero, si no os paráis en refrenar la concupiscencia; si habeis conservado la afección al mundo; si no habeis ningun esfuerzo para ser mejores, no tenéis buen propósito.

2.º Que se huyan las ocasiones próximas de pecado. ¿Teneis los sentimientos del Rey Profeta, cuando decía: Aborreci la injusticia y la detesté? *Iniquitatem odio habui, et abominatus sum?* (CXVIII. 163). En este caso, tenéis buen propósito. Pero, aborreciendo una cosa, debe huirse. Si os horroriza un asesino, le evitais; si os horroriza un veneno, no lo tragais; si os horroriza un perro rabioso y temeis su encuentro, os poneis en lugar seguro.....

Cuando Dios sacó el universo de la nada, dijo: Haya un firmamento en medio de las aguas, y separe unas aguas de otras: *Fiat firmamentum in medio aquarum, et dividat aquas ab aquis.* (Gen. I. 6). Una prueba de buen propósito es que nos alejemos de las aguas corrompidas de la concupiscencia y nos acerquemos á las aguas de la gracia.

Está convertido y seguro del perdón, dice S. Gregorio, el que hora su pecado y no descuida nada para no volver á reacar: *Perfekte convertitur qui, quod prave egerat, plangit, et quod rursum plangat, ultra non repetit.* (In lib. I. Reg., lib. III. c. VII).

San Agustín dice que el que vuelve á abrir sus antiguas heridas, no está convertido. Cuando un enfermo está curado, dice, despide al médico; pero, cuando estamos curados del pecado, hemos de volvernos hácia Dios, unirnos constantemente con él, y decir con el Salmista: *Me es ventajoso adherirme á Dios y poner mi esperanza en él.* La presencia de Dios nos ilumina, nos purifica y beatifica: Dios obra sobre el que le está sujeto y le obedece: le guarda; pero al contrario, cuando Dios está ausente, volvemos á caer. (In Psal.).

3.º El primer instinto que experimenta un hombre tocado de Dios y verdaderamente contrito, es el de alejarse del mundo. La misma voz que nos llama á la contrición, nos llama á la fuga, á la vigilancia, al alejamiento de las ocasiones próximas de pecar. El hombre contrito y lleno de buen propósito, no es ya mundano; la mujer que se arrepiente y tiene buen propósito, no es ya la mujer cómoda, complaciente, la mediadora hábil, la amiga oficiosa que permitia correspondencias secretas. Ya no encuentra expe-

¿Con qué señales se conoce el buen propósito?

dientes y facilidades; aprendo otro lenguaje, y sabe decir: *No, no puedo ya*; sabe pagar al mundo con negativas prontas y serias. El penitente no vive ya como los otros, no trata ya de agradar, se desagrada á sí mismo. Siente su mal; se disgusta á la vez no sólo del mundo que le ha engañado, sino de sí mismo, por haberse dejado sorprender por groseros atractivos. Se acuerda de los numerosos pecados que ha cometido con sus desgraciadas complacencias.

Habiéndose convertido cierto sujeto que llevaba una vida criminal con una jóven, dejó enteramente de ver aquella á quien él perdía y que le perdía á él. Un día, sin embargo, la encontró por casualidad, pero pasó de largo sin detenerse. Entónces ella le dirigió la palabra: —¿No me conocéis ya? dijo: soy fulana. —Podeis ser quien querais, le respondió él; pero yo no soy el mismo que era ántes. He jurado no ofender más á Dios, y salvar mi alma; imítadme.... Todo pecador debe seguir el ejemplo de aquel jóven, y tomar la firme resolución de no volver á pecar....

CONVERSION.

EL Señor me librará de toda mala obra, dice S. Pablo, y me conducirá á su reino celestial. A él sea dada gloria por los siglos de los siglos. Amen: *Liberavit me Dominus ab omni opere malo, et salcum faciet in regnum suum celeste, cui gloria in secula seculorum. Amen.* (II. Tim. IV. 18).

Adán, David, Pablo, Magdalena, Agustín, etc., y todos los pecadores que se convierten, no se convierten sino por la gracia y la misericordia de Dios....

Dios es, dice S. Pablo, quien por un efecto de su buena voluntad obra en vosotros, no sólo el querer, sino el ejecutar: *Deus est enim qui operatur in vobis et velle, et perficere, pro bona voluntate.* (Philipp. II. 13).

Sin mí, dice Jesucristo, nada podeis hacer: *Sine me nihil potestis facere.* (Joann. XV. 5). El que está en pecado mortal, ha muerto: así pues, el que ha muerto no puede naturalmente resucitar; sólo Dios puede hacerlo. Nos perdemos sin Dios; pero no podemos volver á la vida, no podemos convertirnos sin el auxilio de Dios....

Señor, dice el Salmista, el rey os ha pedido la vida, y le habeis concedido alargar sus dias por los siglos de los siglos: *Vitam petiit á te, et tribuisti ei, etc.* (XX. 5). El Señor envió desde el cielo á librarme: ha entregado al oprobio á los que me pisoteaban: *Missit de celo, et liberavit me; dedit in opprobrium concubantes me.* (Psal. LVI. 4).

Dios es el que hace habitar dentro de una casa muchos de unas mismas costumbres, y que con su fortaleza pone en libertad á los prisioneros, como también á los que le irritan, los cuales moran en los sepulcros: *Deus qui habitare facit unius moris in domo, qui educit vincetos in fortitudine, similiter eos qui erasperant, qui habitant in sepulchris.* (Psal. LXVIII. 7). Dios envió su misericordia y su verdad, y sacó mi alma de entre los cachorros leones: *Missit Deus misericordiam suam, et veritatem suam; et eripuit animam meam de medio catulorum leonum.* (Psal. LVI. 4-5). En el desierto hendió una Peña, y les dió para beber como un caudaloso río, pues hizo brotar de una roca raudales de aguas, que corrieron á manera de rios: *Interruptit petram in eremo, et adaquavit eos velut in abyso multa; et eduxit aquam de petra, et deduxit tamquam flumina aquas.* (Psal. LXXVII. 43-46). No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre da toda la gloria, para hacer brillar tu misericordia y tu verdad: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* (Psal. CXIII. 9). De aquí se infiere que la conversion es obra de Dios y no puramente nuestra. El Señor desata á los cautivos, el Señor ilumina á los ciegos: *Dominus solvit compeditos, Dominus illuminat cecos.* (Psal. CXLV. 7-8).

La conversion viene de la gracia y de la bondad de Dios.